



- DOSSIER
- GUÍA DIDÁCTICA
- ACTIVIDADES

globalexpress

LA ACTUALIDAD EN EL AULA

Mayo 2015 | Núm. 7 | Edición actualizada

La democracia más allá de las urnas Democracia y participación

Cada cuatro años, la ciudadanía del Estado español es convocada a elegir a quienes harán las leyes y gobernarán en su nombre. La democracia, sin embargo, no se reduce a votar: es una forma de convivir y organizarse que expresa y posibilita la dignidad de los seres humanos.

Global express ofrece elementos para analizar el estado actual de la democracia y algunas propuestas para responder al principal reto que hoy se plantea: construir una ciudadanía participativa y libre.



sumario

- p. 02 Las elecciones, una forma de participación política
- p. 02 Democracia y ciudadanía
- p. 03 La ciudadanía, un concepto en evolución
- p. 03 Una ciudad como un mundo
- p. 04 De consumidores a ciudadanos
- p. 05 Obstáculos para la democracia y la participación
- p. 06 Ámbitos de participación
- p. 06 La ciudadanía se aprende



OXFAM Intermón



Las elecciones, una forma de participación política

Las elecciones suelen ser presentadas por los medios de comunicación como “la fiesta de la democracia”, y votar, como la ceremonia que significa y escenifica la participación política. Es la forma en que elegimos a quienes, en nuestro nombre, harán las leyes y gobernarán, lo que las convierte en un acontecimiento de gran trascendencia.

En la campaña previa, los partidos exponen sus programas. Es exigible que lo hagan de manera clara y veraz, como quien informa, no como quien intenta vender un producto: no es legítimo confundir la partici-

pación política con la propaganda. La responsabilidad de informar-se, no obstante, corresponde a los ciudadanos y ciudadanas, que no podemos conformarnos con eslóganes y proclamas. A su vez, es una ocasión apropiada –no la única– de hacer llegar a los candidatos nuestras opiniones y demandas. Este es el sentido de que ONG y otras entidades sociales se dirijan a los partidos, especialmente en época electoral, para reclamarles que asuman compromisos concretos en la defensa de los derechos humanos, el respeto ambiental o la lucha por la justicia.

La oportunidad de unirse a estas iniciativas amplía las posibilidades participativas de las elecciones y contribuye a darles sentido.

De esta forma, las elecciones pueden significar un compromiso entre representantes y representados, que tiene continuidad en el atento y exigente seguimiento de las políticas que se realizan. Porque la democracia es mucho más que votar: es una forma de organizarse y funcionar las sociedades por la que todas las personas participan en las decisiones que les afectan.

Democracia y ciudadanía

El concepto y la práctica de la democracia, en nuestra tradición cultural, nacen en las ciudades-estado de la Grecia clásica, que nos ha legado incluso la terminología. *Democracia* proviene de *dēmos* (δῆμος, pueblo) y *krátos* (κράτος, soberanía o poder); *política* hace referencia al ámbito en el que se desarrollaba este régimen, la ciudad (polis).

Las palabras tienen su importancia, puesto que ellas encierran lo que, en el transcurso del tiempo, ha evolucionado hasta el estado actual de la democracia, que dista mucho de haber agotado todas sus posibilidades.

En la Grecia clásica no toda la población podía participar en el gobierno de la ciudad; mujeres, niños y esclavos quedaban excluidos. De hecho, el término que designa al pueblo significa el conjunto de ciudadanos libres, quienes eran sujeto político. Al resto se les negaba este derecho.

La Roma imperial distingue entre quienes **son sujetos políticos** y quienes **están sujetos** a la autoridad del Imperio. Los primeros, ciudadanos romanos, son al principio los habitantes libres de la ciudad (Roma); más tarde, el derecho de ciudadanía se va concediendo a

otros territorios del Imperio. El concepto, sin embargo, no cambia: quienes no son ciudadanos son esclavos (dentro de las fronteras) o bárbaros (fuera de las fronteras), cuyo nombre es una onomatopeya que reproduce el sonido ininteligible que su habla es para los oídos de los civilizados romanos.

Democracia, participación y ciudadanía son tres términos íntimamente ligados desde el principio.



La ciudadanía, un concepto en evolución

La democracia no se reduce al conjunto de normas y ritos que caracterizan un régimen político. Es una forma de organizarse, de construir juntos, de convivir los seres humanos de acuerdo con los rasgos que les son propios: libertad, responsabilidad, autonomía, igualdad. Por lo tanto, es algo que se construye. Puede decirse que la democracia es la meta y, sobre todo, el camino: se participa tomando parte en la construcción y la gestión del bien común.

Llegar a la actual noción de ciudadanía también ha sido un largo pro-

ceso, a veces doloroso, y no siempre lineal y ascendente, porque también el concepto se va construyendo a medida que se ejercita. Un proceso que transita desde la ciudadanía exclusiva –distingue a quien es ciudadano de quien no lo es– hacia una concepción inclusiva.

De las democracias griega y romana, en las que la ciudadanía no era una condición inherente a cualquier habitante, a la Revolución Francesa, pasando por la sociedad estamental de la Edad Media de súbditos y señores, hay un paso muy signifi-

cativo. El pueblo pasa de súbdito a ciudadano, no en el sentido de las *polis* griegas, sino en el contrario: no es que se considere pueblo al conjunto de ciudadanos libres, sino que el pueblo todo es un conjunto de ciudadanos libres (al menos en principio y en masculino: las mujeres siguen excluidas).

Desde entonces, se han ido ensanchando los límites de la ciudadanía, en un proceso de universalización, en todos los sentidos.

Una ciudad como un mundo

En estos tiempos de globalización, la tarea es globalizar también la democracia, construir una ciudadanía universal: todos los seres humanos somos sujetos; participar es construir una ciudad global, cuya “constitución”, al menos en principio, podría ser la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Esta ciudadanía cosmopolita (una ciudad que es el mundo entero) es, por definición, inclusiva, de modo que **trabajar contra cualquier forma de exclusión es la forma elemental de participar en la construcción de la ciudad global.**

Si la ciudadanía excluyente se construye **contra el otro**, en la medida que marca quién está dentro y quién fuera, la ciudadanía global solo puede construirse con el otro, **con todo otro**. No es ya que Hobbes y su “El hombre es un lobo para el hombre” hayan pasado de moda; es que ni siquiera Kant y su concepción de la libertad ajena como límite de la propia sirven ya para esta ciudadanía global. Capella lo expresa con exactitud cuando señala que

“los otros desempeñan respecto de nuestra libertad una función distinta de la limitadora; justamente la contraria”¹

En este sentido, no parece que el modelo de convivencia más apropiado sea la competitividad; más bien habría que poner de moda la competencia (aptitud, solvencia), tan conveniente para cooperar con otros para alcanzar objetivos comunes. Mejor dicho, para construir el **bien común**, que no es la suma de bienes particulares, ni el interés de grupo (que lleva a cualquier forma de corporativismo), sino lo que es bueno precisamente porque es común.

La democracia como proyecto compartido, tan cerca del concepto de bien común, es inseparable de la **responsabilidad** y del **compromiso** personal. “Esta *identificación de intereses entre individuo y bien común no nos viene dada, antes bien ha de ser construida desde la libertad, una libertad positiva*, que conlleva responsabilidad solidaria y creativa”.²

La corresponsabilidad significa que se comparte con otros, y también que se responde ante otros. Es decir, no es una cuestión individual, de cada cual a solas con su conciencia –aunque sí personal–, en cuanto que se trata de una responsabilidad solidaria, real en la medida en que cada persona se compromete.

Puesto que se trata de un proyecto compartido, es inseparable de una **ética democrática**, es decir, acorde con los valores propios de la ciudadanía y que está en la base de los comportamientos de los ciudadanos y las ciudadanas reales. Sin una y otra cosa, hablar de democracia será un formalismo, un discurso vacío.

Todo lo dicho plantea algunas preguntas acerca del modelo de desarrollo, de estilo de vida y de valores del mundo globalizado.

¹ CAPELLA, Juan Ramón: *Los ciudadanos siervos*. Trotta. Madrid, 2006.

² OLLER, M^a Dolores: “Ante una democracia de ‘baja intensidad’. La democracia a construir”. *Cuadernos Cij*, n^o 56. Barcelona, 1994.



De consumidores a ciudadanos

Un obstáculo se alza en este camino, que consiste en convertir la “ciudad”, espacio donde ejercer y disfrutar la ciudadanía, en un mercado. Tiene esto una implicación cívica y política muy importante: ya no somos ciudadanos y ciudadanas, sino consumidores, una nueva especie de protozoos, con aspecto humanoide, pero cuya vida consiste en tragar, en un amplio abanico de sentidos, incluidos los más coloquiales. Y abarcando no solo los terrenos de lo material, puesto que el consumismo es un conjunto de comportamientos, hábitos y valores, un modelo de organización socioeconómica y de comportamiento individual, una ética, e incluso una estética.

En una sociedad que con precisión se denomina “de consumo”, consumir (o no consumir, o consumir de una determinada manera) es una forma de participar. Incluso podría decirse, en más de un sentido, que nuestra capacidad de consumir es lo que nos constituye en sujetos políticos, más allá de formalidades administrativas. Esto significa que el **poder ciudadano** se limita al **poder adquisitivo**, convertido en el poder relevante, pertinente, el que corresponde a la *sociedad de consumo*. Quien no tiene capacidad de acceder a los objetos de consumo no es nadie, es, literalmente *in-significante*; carece de relevancia, no tiene nada que hacer, no tiene nada que decir. Es invisible.

Se diría que en la sociedad de consumo la ciudadanía hemos abdicado (solo puede abdicar el soberano) a favor del mercado, auténtico detentador de ciudadanía económica. “Esta ciudadanía económica”, explica Saskia Sassen, “no se imbrica en los ciudadanos, sino en las em-

presas y en los mercados, especialmente en los mercados financieros globales, y no se sitúa en los ciudadanos, sino en los agentes económicos globales. El hecho de ser globales otorga a estos agentes poder sobre los gobiernos individuales”.³ Si en un primer momento consistió en trasladar el poder real de las instituciones democráticas a las grandes corporaciones, cada vez más esta –literalmente– perversión se respalda con instrumentos legales e institucionales, como el Acuerdo Transatlántico para el Comercio y la Inversión (más conocido como TTIP, siglas del nombre en inglés), que se negocia con gran secretismo en estos momentos (2015). Por ejemplo, los parlamentarios europeos que tienen que votarlo solo disponen de dos horas para estudiarlo, en un sitio cerrado, sin papel, bolígrafo, móvil, ordenador o cualquier otra posibilidad de tomar notas.

Este tratado sustrae a los gobiernos y a los tribunales públicos decisiones importantes sobre derechos laborales, sociales y políticos. Como muestra, un botón: si una empresa considera que la legislación de un gobierno le supone pérdidas económicas en las inversiones que hace (o pudiera hacer) en el país en cuestión, deberá ser indemnizada. Las discrepancias en este o en otros terrenos entre gobiernos y transnacionales se dirimen en tribunales arbitrales privados, sin posibilidad de recurrir ante ninguna instancia pública. David Rockefeller ya lo anunciaba en una cena de embajadores de la ONU en 1994: “Algo debe reemplazar a los gobiernos, y el poder privado me parece lo adecuado”. Todo un ejercicio de usurpación, como titula Susan George su libro sobre el tema.⁴ La movilización ciudadana ha conseguido abrir una brecha en el secretismo, y colecti-

vos de toda Europa y EE.UU. están trabajando para que no llegue a ponerse en vigor.

Decir el “mercado” es confundir los términos, porque sería como responsabilizar a la naturaleza de los muertos en un terremoto (no a los gobernantes, a quienes planifican construir en lugares no apropiados, a quienes construyen, etc.), con los mismos efectos: no se puede hacer nada contra eso. No es el mercado, sino quienes lo rigen, porque, en este panorama de abdicaciones, votamos a quienes poco deciden, y no votamos a quienes no conocemos pero sí deciden.

Por eso, **un consumo crítico y articulado es una forma de participación política, de ejercicio de ciudadanía cosmopolita**, puesto que tiene, en este mundo globalizado, implicaciones globales: comercio justo, relaciones Norte-Sur, etc.

3 SASSEN, Saskia: *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*. Ed. Bellaterra. Barcelona, 2001. Pág. 55.

4 GEORGE, Susan: *Los usurpadores. Cómo las empresas transnacionales toman el poder*. Icaria. Barcelona, 2015.



Obstáculos para la democracia y la participación

La construcción de una sociedad de ciudadanos encuentra obstáculos importantes tanto en las condiciones en que se desarrolla como en los propios sujetos, que a veces renunciamos a nuestras responsabilidades. En realidad, distinguir entre dos ámbitos es solo una cuestión metodológica, porque lo cierto es que ambos se abonan: unas condiciones desfavorables fomentan sujetos dimisionarios, y una ciudadanía que se desentendiende sostiene un panorama poco participativo.

Los obstáculos están muy relacionados con la cuestión de los valores. Se han impuesto los valores del mercado, bastante contrarios a los de la democracia: competitividad frente a solidaridad y cooperación; gratuidad frente a interés individual.

La ciudadanía es un asunto de derechos y –casi más– de responsabilidades, que en realidad son ejercicio y disfrute de poder y de derechos. Capella sostiene que los ciudadanos siervos (términos contradictorios) son los sujetos de derechos sin poder. El poder (ciudadano) nos lo quitan y lo abandonamos: en eso pueden resumirse los obstáculos para la democracia.

De las condiciones objetivas

- Las **desigualdades reales** y efectivas que contradicen la igualdad que proclama el discurso: no son posibles las relaciones de igualdad entre quienes están en posiciones desequilibradas respecto a poder, acceso a recursos, conocimientos, etc.
- La **falta de mecanismos** que garanticen cauces efectivos de participación. Votar es una forma de expresar opiniones y preferencia, pero existen muchas otras, o hay que inventarlas, para que las opiniones y preferencias de todas las personas influyan realmente en los asuntos que son de todos.

- **Nuevas formas de dominio**, de control de la población, en las que funcionan con eficacia los “medios de creación de sentimientos de carencia” (publicidad, en sentido muy amplio): de la prohibición a pensar distinto al pensamiento único. Existen formas más sutiles de limitar la libertad que la censura, que se centran en coartar los puntos de vista y presentar la variedad y la diferencia como un problema.
- **Usurpación del poder** de las instituciones democráticas, a favor de las grandes corporaciones, mediante medidas legislativas que anteponen sus intereses a los derechos de la ciudadanía.
- **Indiferencia**, porque la **sensibilidad** también se educa. Tenemos los sentidos más o menos despiertos para según qué cosas, dependiendo, sobre todo, de los ámbitos en que nos movemos, de qué y quiénes nos son cercanos o ajenos. Aquí radican en gran medida todas las formas de desentendimiento de la corresponsabilidad como ciudadanos y ciudadanas. Como señala un proverbio árabe, “quien quiere hacer algo, encuentra un medio; quien no quiere hacer nada, encuentra una excusa”.

De los sujetos

- **Absentismo** en las cosas que nos atañen, que son todas las que tienen que ver con el bien común. Esto significa reducirse al estricto terreno de lo privado en lo que se refiere a la **acción**; no invertir tiempo, recursos de cualquier tipo, imaginación y medios en lo que es común.
- **Ignorancia** de lo que ocurre en un espacio del que somos responsables. Las nuevas formas de dominio de mentes y conciencias encuentran terreno abonado en una población que, literalmente, se desentendiende del espacio público, cada vez más borrado e invadido por asuntos privados, incluso íntimos, que solo deberían interesar a los protagonistas, como queda bien claro en la programación de las cadenas de televisión y los índices de audiencia. En un mundo en el que sobreabunda la información, somos responsables de cómo alimentamos el pensamiento, de qué fuentes nos informamos, porque una determinada manera de pensar conduce a una determinada forma de actuar.



Ámbitos de participación

“La ciudadanía”, escriben Herrera y Rodríguez, “es la posibilidad y la capacidad de construir y usar medios democráticos para ejercer la libertad en diferentes contextos espaciales”.⁵ No puede reducirse la democracia a los márgenes del terreno político –siendo este muy importante– ni al mero acto de votar periódicamente. No es posible ir por la vida de ciudadano o ciudadana, y desentenderse de los demás

ámbitos. En definitiva, estamos hablando de un modo de proceder que “permite que todos tengan poder sin que nadie sea dominado”.

La respuesta a la pregunta sobre en qué espacios ha de participarse democráticamente es sencilla: todos. Eso sí, a condición de saber distinguir unos de otros y establecer reglas de juego apropiadas. En todo caso, si participar es responsabi-

lizarse, ningún ámbito puede quedar al margen: familia, grupos de amigos, grupos de pertenencia, centro académico, trabajo, etc.

⁵ AGUILAR, T. y CABALLERO, A. (ed.): Campos. Barcelona, 2003.

La ciudadanía se aprende

La ciudadanía es un proceso, lo que significa, por una parte, que sus exigencias no son invariables en el tiempo, sino que van aumentando progresivamente; por otra, que hay que aprender a ejercitarla, precisamente ejercitándola.

La educación ciudadana abarca todos los terrenos, incluido el de las **percepciones** y **valoraciones**, que se verifican en nuestras **acciones**.

Se aprende, como bien dice Adela Cortina, “por degustación. Ayudar a cultivar las facultades (intelectuales y sentientes) necesarias para degustar los valores ciudadanos es educar en la ciudadanía local y universal”.⁶

Requiere, pues, un **entorno** y unas **estructuras**, si no plenamente participativas, en proceso de serlo.

Requiere unos **métodos** participativos, porque de lo contrario será imposible la “degustación”.

Significa, por supuesto, el aprendizaje de metodologías y procedimientos,

pero, sobre todo, significa la degustación de unos **valores** que son las piedras angulares de la ciudadanía, y que a su vez son fruto del largo proceso de aprendizaje de la sociedad:

- **Libertad**, en todos los sentidos: participación en los asuntos públicos, independencia y autonomía para tener criterios propios y poder regirse por ellos (moral autónoma).
- **Igualdad** de derechos, de oportunidades, de prestaciones y, sobre todo, de dignidad no mermada por diferencias de ningún tipo.
- **Respeto**, que es un valor activo, una manera de relacionarse interpersonal y socialmente, más allá de la pasiva tolerancia que vive y deja vivir, sin comprometerse con el otro.
- **Solidaridad**, no en sentido restrictivo, que se traduce en corporativismo, sino entendida como “hacer cuerpo” con otros, comprometerse en el proyecto común que, en una ciudadanía cosmopolita, es el bien común y no conoce exclusiones.

• **Diálogo**, que es el modo de relación que corresponde a una sociedad democrática de iguales: la búsqueda cooperativa de lo verdadero y lo justo.

• **Resistencia**,⁷ virtud cívica por excelencia, que es lo contrario de someterse: oponerse a los poderes abusivos con métodos no violentos, negándoles todo apoyo y colaboración.

⁶ CORTINA, Adela: *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*. Alianza. Madrid, 2014.

⁷ Más información sobre este tema en el dossier del *Global express* “Derechos muy torcidos”; recuadro “Resistencias ciudadanas”: <http://www.kaidara.org/es/derechos-muy-torcidos>.



¿Un mundo feliz?

La novela *Un mundo feliz* (Aldous Huxley) retrata cómo sería una sociedad sin conflictos: personas adaptadas, de deseos, pensamientos y acciones uniformes y controlados. El conflicto no goza de buena prensa porque a menudo se confunde con la violencia, aunque no tiene nada que ver. El conflicto es connatural a los seres humanos, puesto que puede definirse como la interacción de personas o grupos sociales que tienen objetivos incompatibles, o percibidos como incompatibles. Y si algún rasgo comparten los seres humanos es la variedad.

Demasiado a menudo la respuesta es la violencia, que no solo es inmoral, sino inútil, si lo que se quiere es resolver, o al menos gestionar, conflictos. Con medios violentos no se persigue resolverlos, sino anularlos, haciendo desaparecer al contrario.

Hay, sin embargo, otras formas de afrontarlos, conceptual y prácticamente, que aprovechan su enorme utilidad “para potenciar y dar sentido a un modelo de ciudadanía activo y emancipador”, y que significan “recuperar el conflicto como un lugar de construcción pública de la ciudadanía”. (Pedro Sáez)

También se aprende a no considerar ni afrontar los conflictos de forma

negativa (en primer lugar, desandando el camino recorrido durante siglos en sentido contrario). Existen métodos (toma de decisiones, negociación, construcción de consensos, mediación, etc.) y muchas iniciativas en marcha. Apoyarlas, alimentarlas, difundirlas, empujarlas es una recomendable forma de contribuir a construir una nueva ciudadanía, un modelo de convivencia, de relaciones interpersonales, económicas, sociales y políticas cooperativas y no competitivas, sin excluidos ni mecanismos de exclusión. Es decir, de gente que decide, negocia y acuerda, no que se somete o domina.

La campaña Justicia Fiscal, un ejercicio de participación ciudadana

“Si los de abajo se mueven, los de arriba se caen”

Miles de dominicanos y dominicanas se concentraron el domingo 11 de noviembre de 2012 en el Parque Independencia, un lugar emblemático por ser donde se proclamó la emancipación del país hace casi 170 años. Culminaban así una semana de movilizaciones para intentar parar una reforma fiscal que consideraban injusta y abusiva. La fiscalidad parece un asunto solo para expertos porque suelen explicárnosla con un lenguaje incomprensible para la gente corriente, pero todas esas personas salieron a la calle porque comprendieron que en realidad **afecta decisivamente a la vida cotidiana de todas las personas**.

Vídeo de la movilización de la campaña Justicia Fiscal:



www.youtube.com/watch?v=GvYcyORzbSU

Para entender el proceso hay que remontarse a 2003, cuando una reforma tributaria saqueó los bolsillos de la población para cubrir un fraude bancario. Baninter, un banco privado, se declaró en bancarrota, colapsando la economía dominicana

y empujando a un millón de personas a la pobreza. La respuesta del Gobierno fue asumir el fraude públicamente, lo que generó una gran deuda y una reforma tributaria que afectaría fuertemente a la ciudadanía. Como el tema no formaba parte



de las preocupaciones cotidianas de la población, no pasó nada.

Pareció que no pasó nada; solo lo pareció, porque a partir de entonces **algunas organizaciones empezaron a trabajar una propuesta tributaria que no recayera sobre el 20% más pobre** y que recaudara dineros públicos para afrontar las deudas, a la vez que aumentara la inversión social (educación, salud, etc.).

El trabajo de base siguió a lo largo de los años, hasta que en el 2010 una gran movilización social en torno a la ley de inversión en educación, conocida como *la movilización del 4% o de las sombrillas amarillas*, consiguió que, por una preocupación tan concreta como la educación pública, toda la sociedad se uniera para exigir una inversión responsable de sus impuestos. **La presión ciudadana consiguió que todos los candidatos a las elecciones celebradas en 2012 abordaran la inversión en educación en sus programas** de gobierno, y que el actual presidente, al asumir el cargo, duplicara este apartado presupuestario.

En 2012 la población volvió a echarse a las calles cuando descubrió que el Gobierno se había gastado durante las elecciones un 8% de su PIB, además de lo que ya figuraba en los presupuestos públicos. La propuesta del ejecutivo era otra reforma fiscal para cubrir la deuda y los dominicanos, ahora ya concienciados desde hace años sobre



la importancia de unos impuestos justos y progresivos, no estuvieron dispuestos a aceptar las medidas. “Dime quiénes están presos y luego háblame de impuestos”, rezaba una pancarta. Con la campaña **Justicia Fiscal**, apoyada entonces por Oxfam y por decenas de movimientos ciudadanos, dijeron no y pidieron el castigo de los responsables.

El Gobierno acabó aplicando la reforma, gracias a su mayoría en el Congreso, pero la gente no se ha quedado quieta, reforzando el trabajo de incidencia a largo plazo. Las movilizaciones consiguieron unificar las demandas de varios sectores en torno a la exigencia de una fiscalidad justa. Y **consiguieron algo de mucha trascendencia: que amplios sectores de la ciudadanía**

fuieran conscientes de su responsabilidad y su poder y pasaran a la acción (“Si los de abajo se mueven, los de arriba se caen”, proclamaba una pancarta), con todos los medios a su alcance (“No subestimen el poder de una juventud educada y con smartphones”, avisaba otra).

Global express pretende generar preguntas entre los alumnos y las alumnas sobre lo que cuentan los medios de comunicación. Se trata de promover una visión crítica de la realidad, que les permita comprender el estado del mundo y, en especial, la situación del mundo en desarrollo.

Autoría: **Araceli Caballero, Mireia Claverol y Marga Florensa**

Diseño y edición: **Estudi Lluís Torres**

Ilustración de portada: **Xavier Gàndara, Peix**

Corrección lingüística: **Albert Nolla**

Coordinación: **Begoña Carmona**



Para saber más...

Otros Global express relacionados

- **La rebelión de las plazas**
<http://www.kaidara.org/es/la-rebelion-de-las-plazas>
- **Derechos muy torcidos**
<http://www.kaidara.org/es/lo-que-nuestra-nevera-esconde>

Libros y folletos

- **ARANGUREN, Luis A. y otros:** *El proceso de globalización mundial. Hacia la ciudadanía global*. Doc. Intermón. Barcelona, 2000.
- **CORTINA, Adela:** *Ciudadanos del mundo*. Alianza Editorial. Madrid, 2014.
- **GEORGE, Susan:** *Los usurpadores. Cómo las empresas transnacionales toman el poder*. Icaria. Barcelona, 2015.
- **OLLER, M^a Dolores:**
 - "Ante una democracia de 'baja intensidad'. La democracia a construir". Cuadernos CiJ, n.º 56. Barcelona, 1994.
 - "Un futuro para la democracia. Una democracia para la gobernabilidad mundial". Cuadernos CiJ, n.º 115. Barcelona, 2002.
- **PETRELLA, Ricardo:** *El bien común. Elogio de la solidaridad*. Debate. Madrid, 1997.
- **SEMINARIO DE EDUCACIÓN PARA LA PAZ:** *Educación en y para los Derechos Humanos*. Los libros de la Catarata, Madrid, 1996.

Películas

- **La estrategia del caracol.** Sergio Cabrera. Colombia, 1994. 107 min.
- **Esta tierra es mía.** Jean Renoir. Estados Unidos, 1943. 103 min.
- **El gran dictador.** Charles Chaplin. Estados Unidos, 1940. 124 min.
- **Kiriku y la bruja.** Michel Ocelot. Francia-Bélgica-Luxemburgo, 1998. 71 min. Animación.
- **Pride.** Matthew Warchus. Reino Unido, 2014. 120 min.

Páginas web

- www.attac.es
- www.nodo50.org
- <http://democraciaabierta.blogspot.com.es/>
- www.ahoratudecides.es/
- www.forumsocialmundial.org.br
- <https://alterglobalizacion.wordpress.com/foro-social-mundial-wsf/>
- www.infoelectoral.mir.es

¡Visita nuestra web y
descárgate el Global express!

www.kaidara.org

n. 20 Derechos sociales
n. 19 Sistema alimentario
n. 18 Revueltas sociales
n. 17 Crisis económica global
n. 16 Cumbre de Copenhague
n. 15 Agrocombustibles
n. 14 Consumo
n. 13 Turismo
n. 12 Petróleo
n. 11 Pobreza

n. 10 Cambio climático
n. 09 Emergencia y solidaridad
n. 08 Juegos Olímpicos
n. 07 Democracia
n. 06 Armamentismo
n. 05 África y sequía
n. 04 Irak
n. 03 Cumbre de la Tierra
n. 02 Argentina en crisis
n. 01 Afganistán